



Sánchez Coello.

LA EMPERATRIZ ISABEL

Ticiano.

LA INFANTA MARGARITA

Velázquez.

del MUSEO del PRADO

P O R E L M A R Q U É S D E L O Z O Y A

tos, entregada frecuentemente a favoritos... Es más simpática la figura de su hija, la Infanta Margarita, la que está en aquel maravilloso lienzo rosa y plata de que hablábamos antes, y la que constituye la figura central del cuadro de «Las Meninas», en aquel cuadro donde es más viva que en ningún otro la comparación del espejo, y donde podemos asistir todavía a una escena de la Corte de Felipe IV. Esta princesa, que parece un rayo de sol, tan clara y diáfana que parece transparente, que se va a romper; belleza quebradiza, producto exquisito de una raza ya un poco cansada... Pues esta princesa tan débil, tan exquisita, cumple maravillosamente con su misión histórica. Y esta princesa es designada para ser lazo de unión entre Alemania y España. Convenía mucho a ésta tener aliada a aquélla, y casó con el Emperador Leopoldo, y durante su vida, breve, sirvió plenamente este cometido que la Patria le había trazado, como unión, como conexión entre el Imperio y España. Hay en los cuadros velazqueños no sólo retratos de Corte, sino otras muchas figuras con aquel traje aparatoso y barroco, aunque es indudable que las mujeres, para los usos cotidianos, vestían mucho más sencillamente. Recordad, por ejemplo, el cuadro de «Las hilanderas», donde hay una figura exquisita. Ya sabéis que este cuadro de «Las hilanderas» es la gran fábrica de tapices de Madrid. En el fondo se ve una tapicería mitológica. Y en la escena figura una dama que ha venido a escoger tapices. Recordad esta encantadora figura de mujer: lleva un traje sencillo, de un solo color—azul claro, bellissimo—, y peina un alto moño, un peinado alto, y lleva un chal que indica ya el uso en España, en aquella época, de esta prenda vistosa del mantón, que las mujeres usan con tanta gracia, y que ya en tiempo de Velázquez usaban frecuentemente, lo mismo que la mantilla, esa prenda tan vistosa, típicamente española, no usada por ningún otro pueblo, y que tuvo una larga supervivencia en la época de Goya. En «Las hilanderas» hay también una mujer con mantilla, prenda que aparece también en otros cuadros de Velázquez y de otros pintores de la época, que dan gran importancia a los encajes y las mantillas, tan característicos en la indumentaria española.

Pasan los tiempos y viene ya el siglo XVIII, con otra generación de mujeres, también de sumo interés. España vuelve entonces a los patrones internacionales de moda; es decir, desaparece el casticismo del tiempo de Velázquez, y España se rinde otra vez al patrón europeo. Las españolas gustan entonces de vestirse como en las Cortes de Alemania y, sobre todo, en la Corte de Francia.

Pues bien; a esta moda francesa responde la galería de retratos de mujeres españolas del siglo XVIII. Los pintores no son casi en ningún caso españoles, porque también la pintura española pasa entonces por una época de gran decadencia, de máxima decadencia. Los pintores de ese tiempo son franceses, al principio, y después, italianos. Hay también un bohemio, Antonio Rafael Mengs; pero como primero ejemplo está Carlos Tiepola y tantos otros artistas excelentes, porque los clientes de la Casa de Borbón tienen el buen criterio de traer a España lo mejor que había fuera de ella, con objeto de estimular y

elevantar el nivel del Arte español. Vale la pena de que visitéis un momento el retrato de María Luisa Gabriela de Saboya. Por excepción, se trata de una obra de pintor español, de un Juan García de Miranda, muy poco conocido, ciertamente. Y es, por otra parte, un retrato poco estimable, artísticamente considerado; pero conviene que os detengáis un poco delante de esta mujercita, que es casi una niña, vestida a la moda de la Corte de Luis XIV: peluca con tirabuzones, un poco empolvada, traje de tisú con flores de plata, y un pañuelo en la mano. Esta mujer, casi una niña, es realmente una figura simpatiquísima y admirable, de las figuras más simpáticas del Museo del Prado. Nacida en la Corte de los Duques de Saboya, viene a compartir el trono de Felipe V, a los trece años, en momentos difíciles, en que España tenía enemigos que pretendían, sobre todo, desmembrarnos. El trono de Felipe V estaba a punto de derrumbarse, y esta mujercita, casi una niña, fué la que infundió aliento a su marido para que resistiese contra todos y contra su mismo abuelo, Luis XIV, que ya le abandonaba, y supiese hacer frente al destino con aquella tenacidad que le valió el nombre de Felipe, el Animoso. Esta mujercita tuvo la habilidad de ganarse al pueblo español; amó y se hizo amar del pueblo. Se dió cuenta del venero inmenso de energías que tiene el pueblo español cuando se le sabe encauzar, e hizo de él un pueblo con esperanzas, ilusiones e ideales políticos que luchó y supo vencer. Sabía que el pueblo la consideraba como la mujer de un soldado que va a la guerra. «Yo no soy reina—decía—, sino la mujer de un soldado que va a la guerra...» Murió muy joven, una vez cumplida su misión, agotada su débil naturaleza por el trabajo inmenso de aquellos años. Por cierto que fué olvidada prontamente por su marido, porque la ingratitud es, quizá, una de las características más acusadas de los reyes.

Otro retrato muy estimable como obra de arte, que quiero que veáis cuando vayáis al Museo del Prado, en la Sala francesa, es el de María Ana Victoria de Borbón, niña de cinco años, pintado por Nicolás de Lassouriac, uno de los más grandes pintores de la escuela cortesana francesa del siglo XVIII; es uno de esos retratos de Corte, tan aparatosos, tan decorativos, falto quizá de calidad artística, pero de un gran valor ornamental.

Esta niña, que tenía, como digo, cinco años, está vestida como entonces vestían a los niños. No había propiamente trajes de niño y, por consiguiente, niños y niñas eran vestidos como las personas mayores; de manera que a los siete años, un niño era vestido como un hombre de cuarenta, y una niña, como una mujer de quince o veinte. Así, pues, esta niña aparece aquí vestida igual que su madre. Isabel de Farnesio aparece en otros cuadros: la peluquita empolvada, y un traje de corte, color de plata o de acero, maravillosamente pintado.

Esta niña de cinco años, a la edad precisamente que la presenta el retrato, fué llamada a ser reina de Francia. Se la quiso casar—como entonces casaban a los príncipes—de niña aún, con Luis XV, que tenía unos doce años. La llevaron a París, la presentaron a su futuro marido, y ella se llamaba ya la Reina, aunque el matrimonio hubiera de ser consolidado más tarde. Por cierto que, al presentarla a su marido, éste se enfadó, tomó un berrinche..., porque la encontró demasiado pequeña, demasiado niña. Más tarde, en cambio, se ilusionó con aquella niña, le dió sus juguetes, y María Ana Victoria deja asombrada a la Corte de Francia por la rara perfección con que sabe cumplir sus deberes